



**LOS DISCURSOS DE LA MODERNIDAD EN AZORÍN:
LA FORMACIÓN DE UN INTELLECTUAL DE SU TIEMPO**

SERGIO CABRERIZO ROMERO

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

UNIVERSIDAD CARLOS III DE MADRID

1.- Introducción

Una encrucijada de tiempos y muy variados pensamientos acorralan al protagonista de la novela *La voluntad*, publicada en el año 1902 por José Martínez Ruiz. El protagonista de la obra, Antonio Azorín, creado a partir de elementos autobiográficos de su autor, es concebido como el símbolo de la juventud de su época, un intelectual sensible que reacciona frente a los retrasos y lastres del ambiente socio-cultural y político de su tiempo: el caciquismo, el analfabetismo, el casticismo, el radical catolicismo, el aburguesamiento del mundo cultural. La actitud descontenta del protagonista, profundamente crítica con su realidad inmediata, nos remite a la orientación intelectual predominante en la juventud finisecular. Tanto los discursos del regeneracionismo como los de orientación socialista tenían como objetivos concienciar del retraso que sufría el país y proponer soluciones efectivas de progreso.

2.- Las ideas y las voluntades

Se observa en el protagonista de *La voluntad* la recepción ideológica e intelectual del convulso ambiente de su tiempo. Este hecho se acentúa en relación al aspecto autobiográfico de la obra. El escritor José Martínez Ruiz se había mostrado hasta entonces, en su labor militante como periodista y ensayista, como un “activo «líder» de la causa republicana” (Krause, 1955: 45), sin embargo ya por los años de redacción de su primera novela, *La voluntad*, podía vislumbrarse en su personalidad un conflicto entre compromiso ético e individualidad. Este conflicto personal, trasladado al personaje ficcional de Azorín y convertido en núcleo temático de la novela, surge de la necesaria elección vital entre el ideal socialista representado en la figura pública del intelectual comprometido y su naturaleza solitaria, tendente al disfrute de la reflexión y la contemplación estética. Todo ello se une a la convulsa y desilusionante realidad española, tanto en el plano político como en el social, de comienzos de siglo XX.

Dentro de la estructura narrativa de la obra, esta contradicción se presenta, primero, en el personaje de Yuste, maestro del protagonista Azorín. Yuste se dirime entre adoptar una conciencia social o entregarse a la contemplación estética y filosófica. De manera consecuente, el discípulo Azorín heredará este conflicto no resuelto de su maestro, y la razón de su angustia radicará en la necesidad de encontrar una solución. El desenlace de este conflicto se desarrollará paralelamente tanto en la ficción de la novela como en la realidad del escritor por los años de concepción de la novela.

Las nuevas inquietudes de signo multidisciplinar, entre las que destacan novedades científicas como la psiquiatría, las doctrinas esotéricas y teosóficas, los movimientos artísticos y literarios europeos de mayor actualidad, la afiliación a las teorías socialistas, y la asimilación de las ideas filosóficas decimonónicas, serán el marco intelectual para entender las influencias comunes a los nuevos narradores españoles de fin de siglo agrupados bajo el nombre de “generación del 98”, término que el propio

Martínez Ruiz acuñó para el grupo en el que se incluye¹. Estos nuevos narradores incorporan su más inmediato contexto social e ideológico a la novela, aunque gran parte de la renovación narrativa española a comienzos del siglo XX tiene que ver, en gran medida, con las inquietudes temáticas y formales propias de cada autor: Unamuno, sus reflexiones espirituales y filosóficas de tipo existencialista; Baroja, sus conocimientos sobre psicología y medicina; Valle-Inclán, su renovación formal y temática como abanderado de las últimas tendencias literarias europeas, decadentismo, modernismo, simbolismo; y José Martínez Ruiz, que incluye las ideas sociales y filosóficas como delimitación de la conciencia para el personaje de *La voluntad*. Azorín, el protagonista desilusionado de esta novela, es el producto intelectual nacido de la confrontación ideológica entre el siglo XIX y la realidad del siglo XX. Así, las creaciones novelescas de estos primeros años de siglo para los cuatro autores mencionados como integrantes de la generación del 98 “aparecen unidas por el fracaso del protagonista, cuyos ideales no han sido capaces de afrontar la realidad” (Urrutia, 2002: 8).

En el análisis de cada capítulo de la primera parte de *La voluntad* encontramos una fase conceptual en la problemática construcción del personaje de Antonio Azorín.

2.1.- El periodo de formación

En esta parte de la novela el protagonista no tiene entidad propia, el prologuista Inman Fox (1989: 33-34) lo recalca: “En realidad Antonio Azorín no existe en la primera parte de la novela, no ha nacido al mundo todavía, [...] se va formando, pero no por experiencias sino por ideas: todo está en los libros”.

¹ En opinión de Blanco Aguinaga (1979: 395), *La voluntad* “tal vez sea la novela fundamental para entender, a grandes rasgos, la crisis colectiva de los del 98”.

La formación de Azorín recrea claros paralelos biográficos con la realidad de su autor José Martínez Ruiz. En ambos casos, se trata del joven de provincias cuyo ideal es alcanzar la fama en el mundo de las letras.

Azorín lee en pintoresco revoltijo novelas, sociología, crítica, viajes, historia, teología, teatro, versos... Él no tiene criterio fijo; lo ama todo, lo busca todo. Es un espíritu ávido y curioso; y en esta soledad de la vida provinciana, su pasión es la lectura y su único trato el trato del maestro. Yuste va insensiblemente moldeando este espíritu sobre el suyo. (*La voluntad*, Martínez Ruiz. 1989: 94)²

El personaje de Azorín es un muchacho que se nutre de ideas y no de experiencias; aislado de sus compañeros de juventud, sus ideas proceden de las lecturas y de su maestro Yuste, unas ideas que, en su inestable identidad finisecular, se volverán contradictorias.

El maestro Yuste es presentado, en una de las primeras escenas del libro, paseando arriba y abajo por su biblioteca de blancas paredes, con sus estantes repletos de libros, y entre ellos “En un ángulo, casi perdidos en la sombra, tres gruesos volúmenes, que resaltan en azuladas manchas, llevan en el lomo: *Schopenhauer*” (*La voluntad*, p. 70). Mientras Yuste habla a su silencioso discípulo en la biblioteca de su casa, o cuando pasean por el campo, el maestro le plantea una amplia crítica de la cultura finisecular española. El peso de las enseñanzas del maestro reside continuamente en la futilidad del esfuerzo humano por hallar la solución a los problemas de la existencia: el pesimismo metafísico de Schopenhauer. El maestro está de acuerdo con Schopenhauer en considerar la existencia como un mal y cree que el dolor aceptado representa la actitud más sabia, correcta y consecuente hacia la realidad imperfecta de la vida. Aún el arte, la suprema consolación según Schopenhauer, es rechazado también por el maestro Yuste: “Yo he buscado un consuelo en el arte...El arte es triste...El arte sintetiza el desencanto del esfuerzo baldío..., o el más terrible desencanto del esfuerzo realizado..., del deseo satisfecho” (*La voluntad*, p. 180).

² Se utilizará siempre la misma edición de la novela para las citas.

Otros días, en manifiesta contradicción con el discurso anterior, el maestro Yuste arengará a Azorín sobre la necesidad del cumplimiento del ideario anarquista-comunista y utilizar la revolución violenta para solucionar las desigualdades sociales:

-Azorín, la propiedad es el mal... En ella está basada la sociedad actual. [...] No cabe hablar del *problema social*: no lo hay. Existe dolor en los unos y placer en los otros, porque existe un medio que á aquéllos es adverso y á éstos favorable... La fuerza mantiene este medio. Y de la fuerza brota la propiedad, y de la propiedad el Estado, el ejército, el matrimonio, la moral. [...], es de toda necesidad destruir radicalmente lo que constituye el medio y la función actuales. (*La voluntad*, pp. 80-82)

En contraste con estas ideas socialistas, en el capítulo siguiente -VI- el maestro Yuste elabora un manifiesto de tipo regeneracionista y tradicionalista, donde acusa a la expansión industrial de deshumanizar y enturbiar el espíritu de las gentes: “Y las viejas nacionalidades se van disolviendo... perdiendo todo lo que tienen [...] para formar una gran masa humana, uniforme y monótona...” (*La voluntad*, p. 86). En los capítulos siguientes -VIII, XIV y X- el maestro seguirá con un discurso contrario a la industrialización del mundo rural; en este motivo anti-positivista, Yuste argumentará su pesimismo y falta de confianza en la sociedad, así se moldeará gradualmente su carácter dando forma a una resignación cada vez más acentuada, hasta que parece olvidar sus intereses sociales o regeneracionistas y sólo le importa ya la reflexión consigo mismo, en lo que supone un acto de humillación y asimilación de su fracaso: “-Decididamente, yo soy un pobre hombre que vive olvidado de todos en un rincón de provincias; un pobre hombre sin fe, sin voluntad, sin entusiasmo” (*La voluntad*, p. 119). A partir de esta exposición de enseñanzas circular hasta volver al pesimismo de Schopenhauer del comienzo, el maestro Yuste sólo se consolará de su profunda tristeza en el disfrute y la contemplación de la naturaleza, y más concretamente, de los campos de su pueblo: “El maestro ama esta llanura solitaria; aquí se olvida por unos días de los hombres y de las cosas” (*La voluntad*, p. 174). Yuste no era únicamente un ardiente admirador de Schopenhauer, era también un lector del humanista Montaigne y el romántico Leopardi; y así es que

consigue superar el pesimismo en estos momentos de interior reflexión y alegre contemplación: “Y en esta soledad, en este sosiego sedante, lee una página de Montaigne, unos versos de Leopardi, mientras el agua canta y la tierra *-la madre tierra-* calla en sus infinitos verdes sembrados, en sus infinitos olivos seculares” (*La voluntad*, p. 174).

Llegará a tanto el aumento progresivo de la resignación y la decepción en el maestro que, al borde de su muerte, incluso llegará a renegar de la inteligencia por acusar a ésta de ser la causante de la iluminación del sinsentido humano. Es un discurso donde el pesimismo ya se ha convertido en nihilismo nietzscheano:

-¡Ah, la inteligencia es el mal!... Comprenderse es entristecerse; observarse es sentirse vivir... Y sentirse vivir es sentir la muerte, es sentir la inexorable marcha de todo nuestro ser y de las cosas que nos rodean hacia el océano misterioso de la Nada... (*La voluntad*, p. 180)

La muerte del maestro Yuste significa para su discípulo Azorín el momento vital en el que comenzar a realizar las ideas que le han sido enseñadas. Azorín debe decidirse por forjar su autonomía ideológica en un entorno viciado de pesimismo y resignación, oponerse individual y vitalmente a la inercia de desesperanza del intelectualismo de sus tiempos modernos no será tarea fácil para el joven protagonista.

2.2.- ¿Las ideas hechas vida?

El protagonista Azorín decide revelarse contra el pesimismo y la resignación heredados de su maestro y hacer nacer en su persona el vitalismo heroico del periodo rebelde de Nietzsche³; esto se materializa en la decisión de Azorín de marchar a la capital, Madrid, con el objeto de triunfar como escritor. Comienza aquí su sublevación en un intento por

³ A partir de la publicación de *Así habló Zaratustra*, en el año 1883, Nietzsche se distanciará de la filosofía de su maestro Schopenhauer y desarrolla la teoría vitalista del superhombre.

conquistar su voluntad y reafirmar su individualidad frente al sometimiento del resto de la sociedad. En claro paralelismo con el impulso vitalista de la teoría del superhombre, Nietzsche (1987: 134) parece resumir aquí la afirmación de Azorín: “Él, sin embargo, se ha descubierto a sí mismo y dice: Éste es mi bien y mi mal. Con esto ha silenciado a los mentecatos que dicen: Bueno para todos, malo para todos”. Azorín parece devolverle el cumplido al filósofo citando sus proclamas: “Hay que romper la vieja *tabla de valores morales*, como decía Nietzsche. Y Azorín de pie, ha gritado: ¡Viva la imagen! ¡Viva el Error!, Viva lo Inmoral!” (*La voluntad*, p. 215).

El personaje de Azorín es la figura del joven-reflexión que necesita reafirmar su voluntad en un acto de superación individual, en un intento por demostrar su talento y superioridad ante la sociedad. Hay también un desprecio hacia la mentalidad provinciana de Yecla, su localidad de origen: “yo no podría vivir en un pueblo como este; mi espíritu inquieto se ahogaría en este ambiente de foscura, de uniformidad, de monotonía eterna...” (*La voluntad*, p. 215).

En este punto de la narración surge el conflicto entre el ideal vitalista y las posibilidades de su realización en sociedad, como nos recuerda Sánchez Martín (1997: 241): “Nietzsche no aportaba más solución que vivir la tragedia en busca de la salud. Su superhombre no dejaba de ser un proyecto voluntarista”. La voluntad vitalista de Nietzsche se fundaba en una estética antes que en una operatividad, consecuentemente el personaje de Azorín llega a la ciudad con más dosis de idealismo que conciencia de la realidad: “Su espíritu anda ávido y perplejo de una parte a otra; no tiene plan de vida; no es capaz del esfuerzo sostenido; mariposea en torno a todas las ideas; trata de gustar todas las sensaciones” (*La voluntad*, p. 196).

La voluntad de Azorín, como la de Nietzsche, quizá aún prematuramente romántica, no le ha permitido convertirse en un intelectual íntegro; como se puede deducir con facilidad, el idealista Azorín seguirá la trayectoria ideológica de la resignación y el pesimismo de su maestro Yuste:

En Madrid su pesimismo instintivo se ha consolidado; su voluntad ha acabado de disgregarse en este espectáculo de vanidades y miserias. Ha sido periodista revolucionario, y ha visto á los revolucionarios en secreta y provechosa concordia con los explotadores. Ha tenido luego la humorada de escribir en periódicos reaccionarios, y ha visto que estos pobres reaccionarios tienen un horror invencible al arte y á la vida. (*La voluntad*, p. 195)

Después de la reveladora experiencia en Madrid la confianza de Azorín en la sociedad ya no existe, le hastía la frivolidad de la ciudad, su motivación por triunfar se ha evaporado y la decisión del personaje está tomada, regresar de nuevo, y para siempre, a su pueblo natal Yecla. La voluntad nietzscheana ha desistido enfrentada a la realidad finisecular, en palabras de Mainer (1979: 376): “volverá el protagonista a enterrar juventud y voluntad derrotadas”.

Como colofón discursivo y ya de vuelta a su pueblo, leemos la reflexión de Azorín donde asume la incompatibilidad de dos actitudes irreconciliables en su carácter: la del compromiso social, y la de la contemplación metafísica y estética.

Yo soy un rebelde de mí mismo; en mí hay dos hombres. Hay el hombre-voluntad, casi muerto, casi deshecho por una larga educación en un colegio clerical, seis, ocho, diez años de encierro, de compresión de la espontaneidad, de contrariación de todo lo natural y fecundo. Hay aparte de éste, el segundo hombre, el hombre-reflexión, nacido, alentado en copiosas lecturas, en largas soledades, en minuciosos autoanálisis”. (*La voluntad*, p. 267)

3.- El paralelo de la ficción en el ambiente ideológico e intelectual finisecular

En la realidad española finisecular, cada una de las influencias intelectuales que recibe el protagonista, Azorín, puede rastrearse en la más inmediata biografía del autor, José Martínez Ruiz. A partir de la publicación de *La voluntad*, será tal la identificación del escritor con su personaje que, en adelante, José Martínez Ruiz adoptará el seudónimo de “Azorín” para firmar sus obras literarias.

De este modo, el personaje del maestro Yuste en la novela vendría a sintetizar lo que significaron para el autor diferentes amistades e influencias ideológicas durante su etapa de formación.

En primer lugar, su admiración por el político y pensador Francisco Pi y Margall, líder ideológico de convicciones anarquistas y comunistas. Este fue el primer presidente de la Primera República Española (1873-1874) y el introductor de las ideas anarquistas en España. A propósito de las ideas sociales y políticas de José Martínez Ruiz, Krause (1955: 38-39) refiere:

Abrazó con toda sinceridad las ideas sociales y políticas más avanzadas de su tiempo. Don Francisco Pi y Margall, que con Salmerón y Castelar compartió la presidencia de la efímera República del año en que nació Martínez Ruiz, se convirtió en su héroe incondicional. Como admirador de Hegel y Herder y divulgador de las teorías de Proudhon, Pi constituía un eslabón entre el pensamiento español y el europeo, llegando a través de él la ilustración del siglo XVIII.

En segundo lugar, la estrecha amistad que mantuvo con Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa “Silverio Lanza”. Lo apodaron en su generación como el filósofo y el pensador profundo. Fue un escritor de temática regeneracionista, cultivó principalmente la novela naturalista, sus ideas filosóficas eran deudoras de la tradición pos-kantiana: mayormente Schopenhauer y Nietzsche⁴.

Y por último, la más importante, la consideración tributada a Leopoldo Alas “Clarín” como maestro. En los artículos titulados *Cartas a Hamlet*⁵, publicados en el año 1896, “Clarín” manifiesta la intención de orientar a sus jóvenes contemporáneos hacia una filosofía en armonía con la tradición platónica, y así defiende que el verdadero filósofo es el poeta y el pensador, el hombre contemplativo, en contraste con el de acción. La primera impresión de “Clarín” hacia José Martínez Ruiz consistió en reconocer a un joven anarquista literario (Inman Fox, 1965), el consejo

⁴ La recepción de estos dos filósofos en los novelistas de comienzos de siglo en España está estudiada por Prieto de Paula (1996: 63-64). Un estudio más extenso y pormenorizado de la recepción de Nietzsche en España es el de Gonzalo Sobejano (1967).

⁵ Están disponibles las grabaciones sonoras de estos artículos en el siguiente enlace web: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?portal=0&Ref=20609&audio=1>.

personal que dio “Clarín” al futuro escritor de *La voluntad* fue el de comenzar la revolución desde dentro. Krause (1955: 70) nos relata cómo “El joven crítico acogió con vehemencia este gesto de confianza y, aparentemente impertérrito ante la oleada de publicidad desfavorable, se aplicó con invencible entusiasmo a justificar la fe de “Clarín” en su talento literario y su buen nombre”. El primer libro de José Martínez Ruiz, publicado en el año 1898 como *Soledades*, es un compendio de artículos escritos para el diario republicano *El progreso*; este debut literario incluirá la siguiente dedicatoria para “Clarín”: “Para el maestro Leopoldo Alas. Recuerdo de un discípulo que sigue y agradece los consejos” (Inman Fox, 1992: 43). En el tono de *Soledades* hay muestras inequívocas de la influencia de “Clarín”, con gran protagonismo de la reflexión sobre diversas cuestiones filosóficas y estéticas, además de frecuentes referencias a Schopenhauer y a escritores franceses decimonónicos, como Baudelaire y Flaubert.

Krause (1955: 71) nos formula la siguiente pregunta: “¿Fueron Montaigne y Schopenhauer, por acaso, los grandes filósofos que le proporcionaron orden, prudencia y consuelo?” La coincidencia de “Clarín” con el maestro Yuste en *La voluntad* no es casual; al año siguiente de la publicación de *Soledades*, Martínez Ruiz se dedica al estudio de la materia histórica de España y publicará, en el año 1900, *Los hidalgos* y *El alma castellana*; Martínez Ruiz ha comenzado ya a aceptar otras maneras de intelectualidad que lo alejan de la reivindicación airada de las ideas socialistas y lo acercan hacia el intelectualismo regeneracionista y el revisionismo histórico.

Era Nietzsche quien aconsejaba a sus lectores que escogiesen un maestro, si Nietzsche encontró ese maestro en la figura de Schopenhauer parece que el guía espiritual de Martínez Ruiz fue Leopoldo Alas “Clarín”.

4.- Conclusión

En *La voluntad*, como ocurre en todas las novelas publicadas en el año 1902 por los autores de la generación del 98 (Baroja, Valle-Inclán, Unamuno, el propio Martínez Ruiz), encontramos la figura del maestro como introductor al joven discípulo de los discursos intelectuales de la época. En el caso de la novela estudiada, la función del maestro es la de enseñar contenidos de naturaleza cambiante, que además se muestran irreconciliables los unos con los otros; por tanto, parece atribuírsele al maestro la labor de presentar como actitudes incompatibles y opuestas el compromiso socialista, el regeneracionismo y revisionismo histórico, y la contemplación filosófica y estética. El origen de la desubicación posterior de Azorín debe encontrarse en la inconsistencia de lógica discursiva en el maestro, y por extensión en la radicalidad de las reflexiones intelectuales que el maestro sostiene.

Como se ha comprobado, autor y personaje pasan por el proceso de asimilación y evolución de las mismas ideas. Azorín y su autor han tenido que decidirse entre los tres modelos intelectuales de su época: el social-anarquista del hombre de acción, con el ejemplo de Pi y Margall; el revisionista propio del hombre-histórico, heredado del pensamiento filosófico de Schopenhauer y Nietzsche; y el contemplativo del hombre-reflexión, bajo las ideas humanistas de Montaigne, e influido por los consejos de Clarín.

El personaje novelesco de Azorín se acaba decidiendo por el hombre-reflexión, por regresar a la tranquilidad y la protección que le ofrece una vida acomodada en su pueblo natal; mientras, el autor parece haber creado un personaje para que le acompañe en su propia decisión intelectual hacia la reflexión y la contemplación. Urrutia (2002: 8) hace extensible el

conflicto intelectual de Azorín al dominio ambiental del pensamiento dualista de Schopenhauer durante la época finisecular:

Ante la dificultad de la vida, en cuyo margen se ha instalado, el personaje se plantea el dilema de la acción. También la influencia de Schopenhauer condujo a Martínez Ruiz y a tantos otros a oponer voluntad y contemplación. [...] La influencia del filósofo alemán fue, en la época, muy grande.

El ejemplo de la novela de Martínez Ruiz puede servirnos para reflexionar acerca de la trayectoria ideológica que tomaron los más importantes representantes de la joven intelectualidad finisecular española, Baroja, Unamuno, Maeztu, el propio Martínez Ruiz; todos comenzaron con convencidas ideas socialistas y después, si bien su tránsito hacia el desencanto es el regeneracionismo o revisionismo histórico, acabarán abandonando completamente el compromiso social y centrándose en su propio mundo contemplativo filosófico o estético.

Desde nuestra perspectiva contemporánea y conocimiento histórico, podemos reconocer la tragedia de los intelectuales españoles en esos años. En un marco ideológico renovado que provenía de los núcleos industriales de Europa -principalmente, las ideas socialistas inglesas y francesas, y la filosofía alemana-, España estaba en una fase de desarrollo inferior a las grandes potencias europeas, y la materialización de las ideas no tenía el marco urbano necesario donde insertarse. Si a todo esto sumamos el declive histórico que supuso la pérdida de las últimas colonias españolas, Puerto Rico, Cuba y Filipinas, podemos entender mejor el simbolismo generacional de un personaje anti-heroico como el de Antonio Azorín en *La voluntad*. Inevitablemente, en este contexto la elección del intelectual finisecular es la del decepcionado abandono del hombre político y de acción.

La voluntad contiene la crítica de corte regeneracionista contra la institucionalización de la religión católica, el inmovilismo de la vida provinciana y, al mismo tiempo, un discurso nacionalista que pretende fomentar el redescubrimiento de los pueblos y las oportunidades que estos ofrecen a alguien con madurez intelectual y sensibilidad para la

contemplación; no en vano la gran esperanza de estos intelectuales para transformar la realidad española descansaba en su confianza en la integridad de valores de la sociedad rural castellana.

BIBLIOGRAFÍA

BLANCO AGUINAGA, Carlos (1979): “Azorín y la mistificación de la realidad”, en *Historia y Crítica de la Literatura Española, Modernismo y 98*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Crítica, pp. 394-397.

INMAN FOX, E. (1965): “Una bibliografía anotada del periodismo de José Martínez Ruiz, 1894-1904”, *Revista de Literatura*, XXVIII, pp. 231-244.

- (1989): “Introducción biográfica y crítica”, en José Martínez Ruiz, *La voluntad*, ed. E. Inman Fox, Madrid, Castalia, pp. 9-47.

- (1992): *Azorín: guía de la obra completa*, Madrid, Castalia.

KRAUSE, Anna (1955): *Azorín, el pequeño filósofo: indagaciones en el origen de una personalidad literaria*, Madrid, Espasa-Calpe.

MAINER, José-Carlos (1979): “José Martínez Ruiz, «Azorín»”, en *Historia y Crítica de la Literatura Española, Modernismo y 98*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Crítica, pp. 373-380.

MARTÍNEZ RUIZ, José (1989): *La voluntad*, Madrid, Castalia.

NIETZSCHE, Friedrich (1987): *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza.

PRIETO DE PAULA, Ángel L. (1996): “Schopenhauer y la formalización de la melancolía en las letras españolas del novecientos”, *Anales de Literatura Española*, 12, pp. 55-87.

Política, religión y poder: la literatura como arma intelectual

SÁNCHEZ MARTÍN, Antonio (1997): *Ideología, política y literatura en el primer Azorín*, Madrid, Endymión.

SOBEJANO, Gonzalo (1967): *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos.

URRUTIA GÓMEZ, Jorge (2002), “Las novelas de 1902 en el contexto europeo”, *Ínsula*, 665, pp. 5-8.